

Nº52 JULIO 2026

**LAS ENCINAS DEVORAN LA LUZ SIN AMARGURAS,
LENTAMENTE, ANTE LA MIRADA HIPNÓTICA
DEL ATARDECER, MIENTRAS LAS CIGÜEÑAS
VAN ABANDONANDO LA CHARCA
SIN QUE LES PESEN LAS ALAS**

Hélder J. Ferreira



EN ESTE NÚMERO

Ariela de Campoamor
Atentos a la pantalla
Eloy Calvo Pérez
El Rincón de Cristiane
Daniela Morán
M^a Judith Parra Gómez
Yuleisy Cruz Lezcano
Andrés F. Tijaro
Jorge Etcheverry
Fabrizio Mazza
José Pardal
Jesús Quintanilla Osorio
Página 30
Alejandro Peña S.
Juego Tira un cuento

Ramiro
Juri

**Descarga tu
ejemplar en
Escritordaniel.es**

Ariela de campoamor



Con voz de Mujer

La calle del Dragón

Capítulo cuarto. En el último suspiro de mi vida. Ese terrible dragón de dos cabezas

Yo me fui de París al caer la tarde. Te dejé sobre la cómoda de la entrada, debajo de ese enorme espejo con tintes lavanda en el que me miré reflejada tantas veces mientras me abrazabas y me besabas, las llaves de tu piso, de mi corazón y de mi vida. Las acomodé cuidadosamente al cerrar la puerta, al tiempo que cerraba también los ojos y mi corazón ante nuestra inminente despedida y guardaba dentro, muy dentro de mi alma, como un tesoro invaluable, aquellos recuerdos de nuestro tiempo en la calle del Dragón.

Me alejé de París dejándote endosado mi corazón, sin más respuesta tuya que una sonrisa entrecortada, un beso apresurado y un escueto adiós. Así han sido siempre las cosas entre tú y yo y no tenían por qué haber sido diferentes aquella tarde.

Horas antes nos habíamos despedido, sentados frente a frente en el salón. Serviste una copa de champagne y me sonreíste casi sin mirarme,

tenías miedo, lo noté en tus palabras, en tu mirada y en el temblor de tus manos. Tenías miedo del adiós, tanto miedo como yo, tal vez hubieras querido abrazarme, besarme, hacerme el amor una vez más, pero no te atreviste, te conformaste con mirarme y brindar conmigo por última vez, sabe Dios en cuánto tiempo. Yo me perdí en la vista de las burbujas que explotaban en el interior de mi copa, como explotaba de pena mi corazón en el interior de mi cuerpo. Sentada delante de ti, crucé las piernas, bebí un trago más de champagne y saqué del interior de mi bolso aquel libro que me regalaste en esa nuestra última mañana en Ciudad de México. «En aquella despedida no me atreví a pedirte que me lo dedicaras, esta vez sí», te dije alargando el brazo y poniendo el libro delante de ti. En ese libro tuyo, en su título, podría leerse el destino de nuestro amor suspendido en el tiempo y esa pregunta que ha

atormentado a tu corazón desde siempre, esa pregunta por el misterio insondable del alma de los mexicanos. Me ha acompañado desde aquella mañana tibia y dorada de invierno mexicano en que nos dijimos adiós y desde entonces, ya ves, como un compañero fiel, como un destino o como una marca en mi piel. Tomaste el libro entre tus manos y con una letra apresurada, garabateada, escribiste sobre el tiempo, los lugares y los placeres que hemos compartido juntos en este nuestro amor. Tiempo, lugares, placeres. Nuestro amor.

La tarde siguió y, antes de caer la noche, te fuiste calle abajo, dejando atrás París. Sin mirar atrás, como haces siempre tú, sin mirar atrás. Ibas a cenar con un amigo tuyo a las afueras de la ciudad, yo salí más tarde, después de haberme dado una ducha caliente, ya con la noche sobre mis espaldas y con el dolor inminente de tu ausencia.

Paso a paso, fui dejando atrás nuestra calle del Dragón, nuestro cielo de París poblado de dragones y nuestras noches de amor. Paso a paso, dejé atrás tu piso, tu barrio elegante, tus ventanas, tus brazos, tu aliento y tu mirada azul de hielo. Dejé atrás tus tejados grises con sus vistas de la Torre Eiffel recortada en sus atardeceres poblados de nubes rosadas, azules y violetas. Se quedaron atrás esos cielos atravesados por dragones y rasgados por el vuelo de los cuervos, cuyas negras alas desgarran los horizontes, así como tu ausencia y tus silencios desgarran mi corazón.

Sin dejar de mirar mis pasos sobre las piedras mojadas por la lluvia, simplemente seguí caminando mientras un sentimiento de fatalidad me embargaba. Seguí caminando y mirando mi andar sobre las piedras pequeñas, grises y húmedas, alejándome irremediabilmente de ti. Paso a paso, abandoné todas mis esperanzas y dejé que las pobres cayeran al piso una a una, como perlas de un collar roto.

Cayeron pesadas mis esperanzas como caen las sábanas limpias y blancas, impolutas, sobre las alfombras después de hacer el amor. Sábanas blancas sobre alfombras rojas. Sábanas arrojadas sobre el piso, a un lado de las camas,

caídas y manchadas. Sábanas que nadie quiere recoger.

Me fui, atravesé la noche francesa, fría, distante y lejana. Me marché, como siempre, sin más adiós tuyo que un beso apresurado de tus labios y un: «Siempre, siempre tendremos París». Me fui dejándote endosado el corazón y la vida. Me fui envuelta en aquella oscuridad helada. Tomé rumbo al sur, como hacen siempre los locos y los que creen en el amor, hacia el sur, hacia el sur siempre.

Por la ventana, miré pasar la profunda oscuridad de la noche francesa. Recorrí la mitad de esa Francia de tus amores: Orleans, Blois, Tours, Poitiers, Burdeos, Bayona, Biarritz, Hendaya. Última estación, San Sebastián y, por fin, España. El amanecer me sorprendió en una San Sebastián imponente y señorial, que apareció ante mis ojos con las primeras luces del alba. La vista majestuosa del Cantábrico, con su niebla y su azul de acero, con su nostálgica belleza, casi me hizo olvidar la pena de haberte perdido, D'Artagnan, he de confesarlo.

Me dirigí después al santuario de Loyola en Azpeitia. Quedé embelesada por la belleza casi beatífica del paisaje, sus bosques de altísimos pinos y su verdor deslumbrante. Llegué casi milagrosamente a la casa del cojo de Loyola, a la casa de Ignacio, en el último suspiro de mi vida. Alguna vez, dime, ¿alguna vez has pensado en terminar con tu vida? Yo lo pensé, y, aún más, tengo que admitirlo, lo tenía no solo pensado, sino planeado. Había hecho mis cálculos, estaba decidida. Tú estabas en el plan, siento decirlo. Había pensado en terminar con mi vida, arrojándome desde una de tus ventanas de tu piso de París.

Pensé que sería un buen final para mi vida, que no podía tener mejor desenlace mi existencia que ese. Qué gran broche de oro para mí historia, cerrar por fin los ojos mirando el cielo de París en el suelo, partida en pedacitos, en nuestra calle del Dragón. Imaginaba los encabezados de los periódicos: «Mujer/Sirena varada, de mediana edad, complexión delgada, cabellera larga del color de los corales y dos espléndidas piernas humanas de bailarina se arroja desde una ventana en un piso céntrico de

París, donde se alojaba al lado de importante personaje del mundo de política y la intelectualidad mexicana. Se desconocen detalles de su muerte, pero, se supone, se trató de un suicidio». Estaba decidida, D'Artagnan, pero, ya ves, fui cobarde, siempre lo he sido.

Primero, la alegría de volverte a ver, la maravillosa sensación de estar otra vez entre tus brazos, tu cercanía, tu aliento, la embriaguez de tu amor, nuestra adorada París en primavera, nuestro cielo, nuestra Torre Eiffel. El vino, los quesos, la luz de las mañanas parisinas en primavera entrando por tus ventanas abiertas de par en par, tus manos, tus abrazos, nuestras noches juntos, todo. Y, luego, la cobardía, el miedo, sí, el miedo ante el vacío, ante la nada, el miedo a la muerte. Después, la verdad, he confesarlo también, sentí pena por ti, por lo que sufrirías ante algo semejante y, hay que decirlo, de los líos en que iba a meterte. Pude verte declarando aquí y allá. Pude verte en ese viacrucis de investigaciones, de indagaciones. Pude verte entre policías franceses, insolentes y desdeñosos. Pude imaginar tus declaraciones ante ministerios públicos, en audiencias ante jueces, declaraciones frente a la prensa, en fin, que tuve mucha pena por ti y fui cobarde. No me atreví, no fui capaz y, ya lo ves, esta sirena perdida, varada, allende su hogar en las profundidades marinas, fue cobarde y continuó con su andar, tierra adentro.

Recuerdo que, al llegar a Loyola, te envié un mensaje por teléfono con una foto, bebiendo una copa de vino en el primer bar que encontré afuera del santuario, El bar Uranga. Me respondiste: «A disfrutar». Nada te imaginabas de mis siniestros planes de acabar con mi vida, nada suponías, mi pobre D'Artagnan.

Allí, en Loyola, al final, volví a encontrarme con Dios. Entre los muros que alguna vez cobijaron a Ignacio, al santo de los Jesuitas, al cojo y pecador arrepentido, volví al encuentro con eso que llamamos Dios. Y en ese reencuentro con Dios o con el diablo, me decidí a vivir. Me decidí a continuar andando. Me hablé al oído un ángel o un demonio, ¡ah! Es tan complicado distinguirlos, y me convenció de permanecer en este mundo, me convenció de

seguir andando y de volver a escribir. Escribir de nuevo, y ya lo estás viendo, D'Artagnan, aquí estoy, viva, viva y escribiendo, escribiéndote. El impulso de terminar con la vida propia es algo que siempre ha estado allí, en mi mente y mi corazón, como un deseo o una tentación permanente. Probablemente también siempre lo estuvo en la mente y en el corazón de ella, o tal vez, quizá solo fue así al final, cuando ya se sentía sola, perdida, abandonada por todo y por todos, no lo sé.

Te cuento que de niña fue muy bonita, sí que lo era. De tez muy blanca, parecía una muñeca de porcelana o de terciopelo, como esas que se usaron mucho en aquella época y que eran el delirio de todas las niñas, incluida yo. Tenía los cabellos de un tono castaño claro, casi rubio oscuro, era rizada y cuando brillaba el sol sobre su cabeza, parecía que estaba cubierta de pequeños anillos dorados. Teñía una nariz pequeña, redondita, chatita y los ojos color miel, los labios carnosos y las mejillas rosadas. Era en verdad bonita, te lo digo yo, y no por que fuera mi hermana, no. Era bonita, sí, pero su cuerpo era diminuto, frágil, como de cristal. Su pobre cuerpo fue siempre su desgracia, su pobre cuerpo estuvo siempre amenazado por una enfermedad que le destruyó la vida desde muy niña. Diabetes Mellitus.

No había cumplido los cuatro años cuando ya estaba metida en una cama de hospital, a punto de morir a causa de un coma diabético. La recuerdo acostada, detrás de una vitrina, con los brazos llenos agujas pegadas a delgados tubitos que llevaban unas bolsas colgantes, misteriosas, casi siniestras, rellenas de no sé qué.

Yo tenía en aquella época diez u once años, no me acuerdo bien, pero lo que sí recuerdo es que no entendía nada ni de su enfermedad ni de lo que le pasaba, lo que sufría. Esa diabetes marcó su vida, no pudo ser jamás una niña normal que jugara como todos, que riera como todos, que saltara y corriera por los parques de aquella Guadalajara de nuestra infancia. No pudo. Nunca escapó como los demás niños, a una tienda de golosinas o una confitería a atiborrarse de dulces, de tartas, de merengues o de budines. No pudo nunca llegar a la

chocolatería vecina de la escuela de danza, a gastarse el dinero de la mesada y del domingo, para llenarse la panza de bombones, de galletas o de malvaviscos. No pudo. En silencio, tuvo que conformarse con su destino de niña enferma y vivir dependiendo de una o hasta dos, incluso tres inyecciones diarias de insulina en sus brazos deformados de tanto pinchazo. Tuvo que conformarse con su destino de niña enferma y con su tragedia personal de padecer una enfermedad crónica y degenerativa. Diabetes Mellitus.

Al final de su vida ya no le quedaba nada. Lo había perdido todo, todo, incluso sus dos piernas, no se diga su corazón. Lo había perdido todo. Terminó sus días atada a una silla de ruedas, vieja y desvencijada, que consiguiera alguna vez en una asociación de beneficencia pública. Sufrió primero una amputación de la pierna derecha y, luego, dos o tres años después, perdió también la pierna izquierda. Yo no pude ayudarla, no fui capaz, la dejé atrás y seguí mi camino. La dejé atrás, tal como hacen los animales en las manadas amenazadas por los depredadores, esas manadas que siguen andando y andando y andando. La dejé atrás como hacen los animales por puro instinto de supervivencia, simplemente siguen andando y dejan atrás a los viejos, a los enfermos, a los débiles. Simple y cruelmente siguen andando para salvar sus vidas. Yo al igual que todos, la dejé atrás y seguí andando...

¿Sabes? He llegado a pensar que la vida es un bien tan grande, tan preciado, que somos capaces de todo, incluso de seguir andando y dejar atrás a los que más amamos con tal de conservarla. Simplemente, seguimos andando. Resulta inmoral no luchar por la vida hasta el final, aunque eso nos cueste perder el corazón. Ya no se diga pensar en el suicidio. Ver morir a los que amamos sin poder hacer nada nos hace entender las más crueles verdades de la vida y nos quita también la tentación de terminar con la propia existencia. La vida vale mucho, D'Artagnan, demasiado y por eso hay que luchar por ella hasta el final, aunque en ese trance perdamos el corazón, la razón o hasta el sentido. Hay que luchar por la vida. Seguir

andando, dejar atrás a los débiles, a los que caen, a los que no pueden seguir, a los sufren, continuar y no volver siquiera atrás la cabeza, como haces tú.

Lo que pasa en nuestro México, querido, es un poco, o un mucho, eso. Nuestro pueblo ha caído presa de los dragones, lo están matando, lo están devorando, y nosotros, tú y yo y todos los que podemos, simplemente seguimos andando, seguimos andando para salvarnos y lo dejamos atrás sin volver la mirada, sin volver la cabeza. A ese pueblo nuestro lo han abatido dragones. Yo lo miré por última vez cuando dejé atrás el país. Era una tarde a inicios de febrero, allá en Baja California, en mi territorio del océano y el desierto, cuando salí a buscarte. Salí de allí sin mirar atrás, cubierta del polvo del desierto, del olor a pólvora quemada, de rastros de sangre coagulada y de la pestilencia de los cuerpos putrefactos de los desaparecidos. Salí de allí dejando atrás el dolor e infinidad de recuerdos dolorosos.

Atrás se quedó el cuerpo de mi madre y también el de mi padre. Se quedó atrás mi hermana y nuestros lejanos recuerdos de familia. Se quedó allí el Sauzal con sus terregales, su pobreza, sus vistas del embravecido Pacífico Norte, sus olas, sus acantilados y sus tristezas. Yo me fui, salvé mi vida de esa tragedia cotidiana de la violencia, la miseria y el atraso. Dejé atrás ese mundo de dragones y desolación. Hoy me entretuve en los encabezados. El país mantiene los altos niveles de violencia de años anteriores y registra al menos 26 715 asesinatos. México cerró 2024 con 26 715 personas asesinadas, según cifras preliminares de las fiscalías estatales que se muestran en el informe de seguridad del Gobierno.

https://youtu.be/RpBCt3a_9O8?si=M41T1JpKp4za-80C

En lo que va de 2024, casi 100 000 desaparecidos en México: el Gobierno reduce en 20 000 la cifra oficial.

https://youtu.be/RpBCt3a_9O8?si=M41T1JpKp4za-80C

Ese terrible dragón de dos cabezas coronadas, ¿lo recuerdas, D'Artagnan?

Editorial ATENTOS A LA PANTALLA

Vivimos entregados a las pantallas y, como dijo el gran Cortázar, “creyendo que la imagen es la realidad”. En tiempos de epidemia o pandemia de soledad, donde buscamos nuestras relaciones en “Apps” y redes sociales manipuladas y falsas, descreyendo de nuestro potencial en la vida misma y sin asumir ningún tipo de riesgo, todo el mundo busca experiencias que contar al amigo, sin compartir de verdad la vida. Todo es paquete y envase, sin mucho contenido, con libros que prometen aventuras como si fueran telenovelas sudamericanas o turcas o películas de Bollywood donde lo que importa es que pasen continuamente cosas, sin importar la impostura, y convirtiéndolo todo en un producto cartón piedra, que difícilmente va a enamorarnos.

Ávidos de significado, huimos de los que son “intensos”, sin confesar que eso es secretamente lo que deseamos cuando queremos ser protagonistas de un gran amor, creadores de un imperio o, simplemente, pegar un pelotazo que nos haga ricos de una vez por todas y de forma fácil. No hay, ni puede haber un verdadero plan de vida y nos venden, porque todo es vender, historias de famosos gracias a comunicadores que a la vez se convierten en famosos, y nosotros mientras tanto seguimos consumiendo esa basura del circo mediático, creando ídolos para nuestra nada de vida.

Dicen que un mundo nuevo viene y que lo que estamos viviendo es el final del viejo mundo. O sea, como siempre, es lo viejo lo que sobra. Lamento decirlo pero, si no estás bien posicionado y te duele el mundo, hay razones sobradas para el suicidio. Nuestros jóvenes, de los que se dice ser la generación más preparada de la Historia (como si la educación no fuera otra cosa muchas veces que un parking) es una generación que no está luchando por sus derechos y va a tener pocas oportunidades en un mercado cada vez más desregulado y exigente.

Pero, eso sí, estemos atentos a la pantalla, porque nos lo van a contar en directo... He decidido apagar el móvil. Y quiero apañar bien mi soledad, en un refugio para mí donde huir de un mundo que no tiene remedio. Yo tampoco sé la solución.

Dibujo del Editor por Cristiane Ventre.





DANIEL COLLADO AZORÍN

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº52 Julio 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Edición mensual de 32 páginas a todo color.

Precio: 8 euros en papel

Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud.

Descargable en la web escritordaniel.es

La Revista Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.

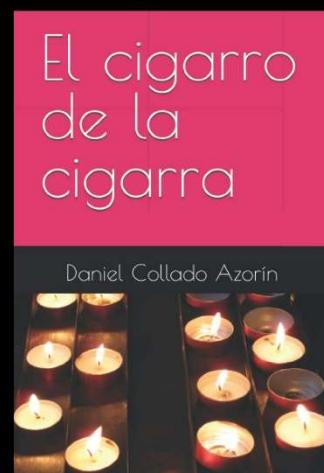
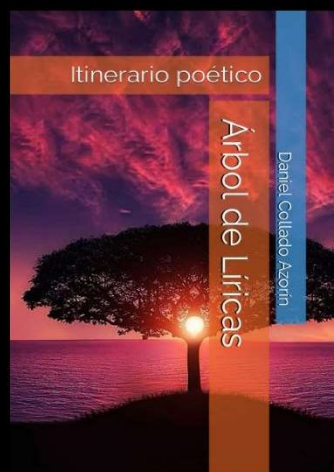
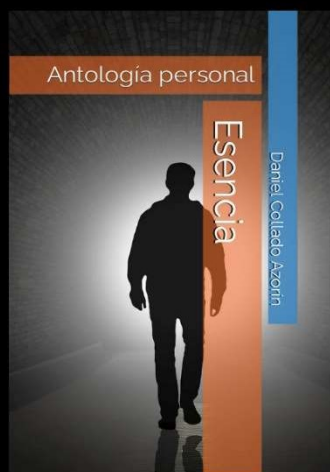
Cartas al director

Recojo esta noticia, este artículo que me gusta, leí esto:" EL POEMA LO ESCRIBIMOS ENTRE TODOS, familiares, amigos y lectores se reunieron en Valparaíso, para presentar una Antología postuma que recoge la obra del poeta German Carrasco y proyecta su legado como un gesto comunitario, donde la poesía se entiende como una práctica compartida y abierta a todos. La poesía y la escritura tiene que ser algo vivo, que circule libremente, que se lea, que inspire a otros a escribir, expandir la presencia de la poesía y la escritura en la vida cotidiana, a los espacios comunes, disponible para cualquier persona.

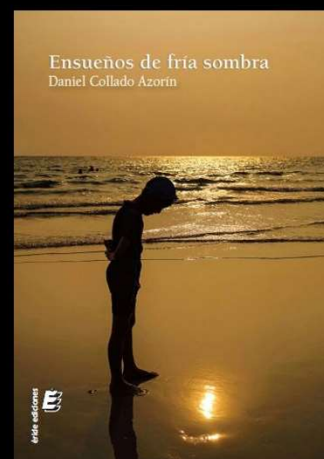
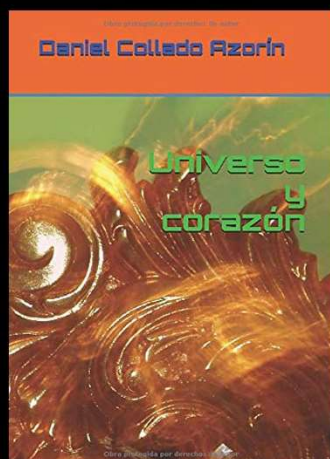
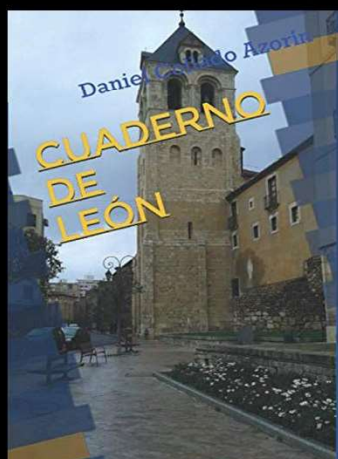
La escritura como herramienta de expresión y encuentro, escuchar distintas voces..."La revista Caminante hace eso!!!! Gracias por tu atención y por leerme!!!Un saludo

Jorge





escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (VII)

Eloy Calvo Pérez

CUANDO LAS COSTUMBRES PUEDEN ENCUBRIR DELITOS

El inspector Soninké recuerda haber leído en algún sitio que las costumbres las ha confeccionado el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha creado las montañas y, solo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir. Apoyado en esa idea se pregunta si amanecerá el día en que algunas costumbres ancestrales terminen siendo rechazadas y abandonadas por la población sudafricana.

El policía conoce la respuesta, pero se resiste a aceptarla. Como miembro de la etnia zulú también él heredó la cultura de su pueblo, pero el paso de los años le hizo comprender que de la misma manera que algunas costumbres podían tener cabida en la Sudáfrica moderna otras deberían ser, poco a poco, erradicadas de la vida diaria, si la sociedad que se pretendía construir iba más allá del ansiado objetivo de eliminar las diferencias sociales y económicas entre las personas con distintos colores de piel.

La pregunta ni es baladí ni tampoco es la primera vez que el inspector Soninké se la formula. Por desgracia, en Sudáfrica no pasa un solo día sin que tenga lugar algún acontecimiento que recuerde a la población la cantidad de ladrillos que todavía falta por colocar para conseguir esa sociedad con la que la mayoría de los sudafricanos soñaban mientras el régimen del *apartheid* gobernaba cada minuto de sus vidas y que cuando este cayó comenzaron a construir.

En esta ocasión ha sido una noticia de prensa la que ha llevado al inspector a plantearse lo mucho que todavía resta por hacer. También el motivo de que, en este momento, se encuentre pegado a la ventana de su despacho mirando a un infinito que cada día ve alejarse más y más.

Khanyisile Zuma es una joven zulú que, según ha podido leer en el *Mail & Guardian*, a sus diecisiete años lleva pasados y superados cinco exámenes

sobre su virginidad. El diario no ofrece demasiados detalles sobre el hecho, limitándose a referir que se trata de exámenes privados como parte de una celebración de comunidad donde solo participan mujeres, pero resalta que la joven ha afirmado sentirse muy orgullosa de ello.

Al inspector de la Comisaría Central de Johannesburgo podía haberle extrañado el sentimiento de satisfacción de la joven, pero habría significado desconocer que la *lobola* todavía está profundamente arraigada en la cultura de la que, al igual que la joven, él también forma parte.

No importa que el periódico no haga referencia a ello. El inspector Soninké sabe que ese orgullo que la joven dice sentir se sustenta en que, tras cada examen de virginidad, le habrá sido concedido un diploma firmado por el pastor de su iglesia y tanto si está pensando en casarse como si no tiene intención de hacerlo por el momento, manteniendo su virginidad, la joven Khanyisile Zuma está invirtiendo para el futuro, pues tarde o temprano terminará contrayendo matrimonio y la *lobola* dependerá de que consiga mantenerse virgen hasta que ese día llegue.

La *lobola* es una tradición antiquísima que representa el “precio de la novia”. Es la dote que se hace efectiva en el momento de producirse una boda, pero con la peculiaridad de que, a diferencia de lo que ocurre en otras culturas, es la familia del novio, en lugar de la de la novia, la que ha de asumirla.

Khanyisile Zuma, como cualquier mujer zulú, sabe que si llega al matrimonio con su virginidad intacta la familia del novio doblará el precio y la *lobola* serán dieciséis vacas en lugar de las ocho que pagaría si en el momento de la negociación la joven hubiera mantenido relaciones sexuales.

Ahora, todavía con la vista perdida en la lejanía, el inspector Soninké no puede evitar pensar en su hija. Sabe que su vida se desarrolla al margen de los mitos y costumbres ancestrales de sus antepasados y, aunque no por ello deja de vivir en un país a medio construir, le produce un enorme consuelo saber que, al menos, se encuentra alejada de algunos de los peligros que acechan a muchas jóvenes de su edad.

Sudáfrica es un país rico en tradiciones y esa riqueza ha ayudado a fortalecer la necesidad de construir un nuevo país, pero conviene no olvidar que algunas tradiciones, mal utilizadas, pueden llegar a encubrir acciones delictivas. Eso, al menos, es lo que piensa el inspector Soninké.

El pasado no se puede enmendar y por ello el inspector Soninké comprende que haya sudafricanos para los que no tenga sentido condenar actos del

pasado, pero por la misma razón deberían entender que ciertas actuaciones no deberían tener cabida en la Sudáfrica post *apartheid*. Es el caso de los matrimonios forzosos que amparados en costumbres centenarias no dejan de ser operaciones comerciales que el Estado debería condenar y perseguir. El inspector Soninké vuelve a acordarse de su hija. No puede tender sobre ella un tupido manto que la proteja de todos los peligros que acechan a la juventud, pero al menos ni la *lobola* ni el *ukuthwala* –rpto de la novia– merodearán a su alrededor si algún día decide casarse.

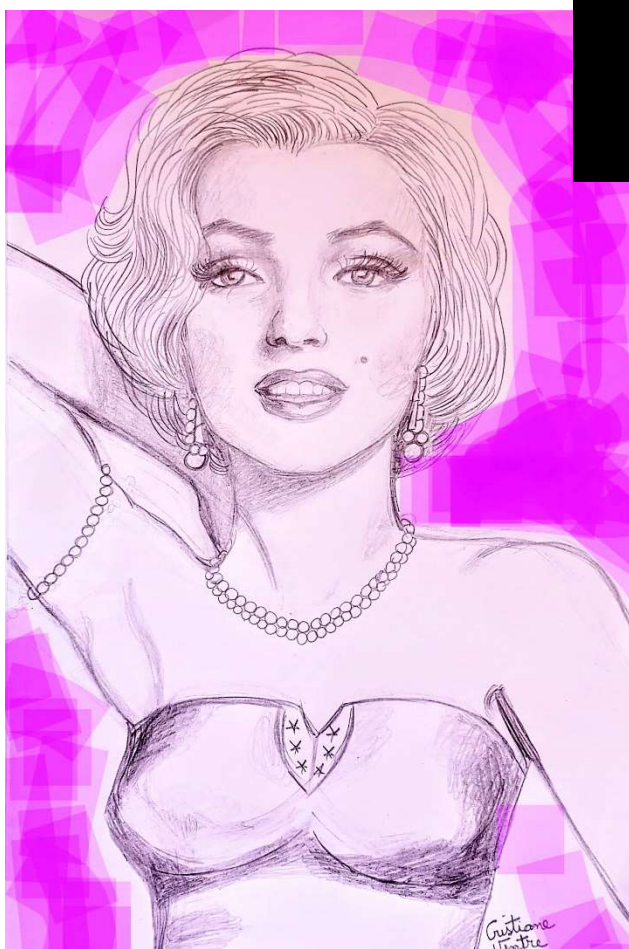
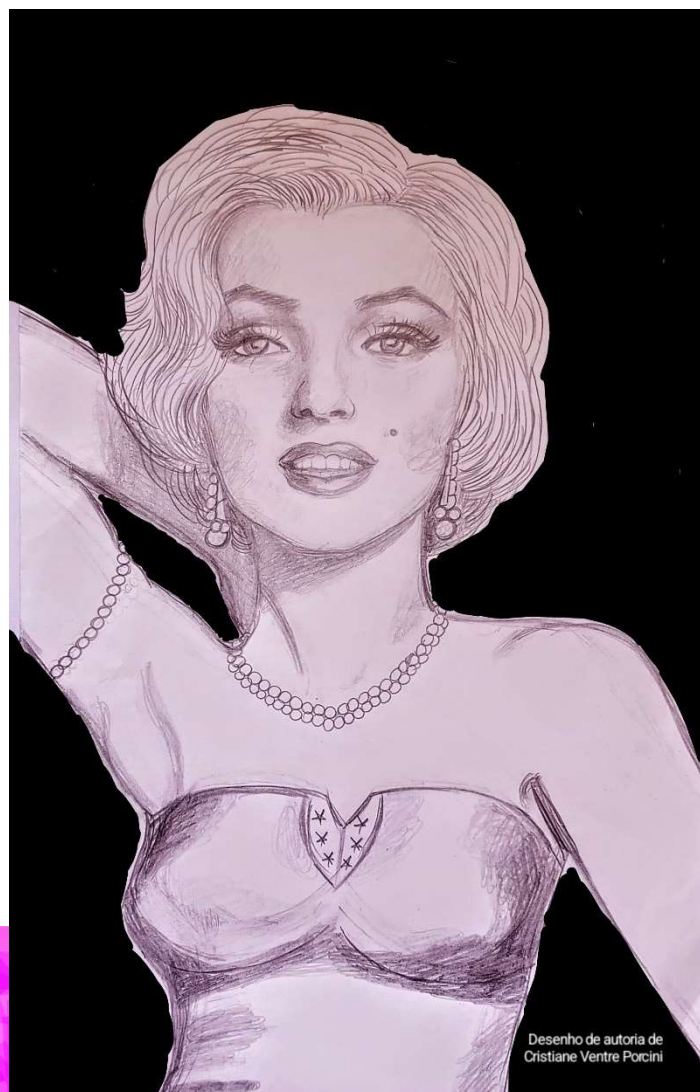
No ha sido el periódico que reposa sobre el escritorio lo que le ha llevado a pensar nuevamente en su hija, sino el recuerdo de una investigación que llevó a cabo un par de años atrás y que, como tantas otras y pese a las evidencias delictivas que en los hechos concurrían, acabó en la papelera del despacho de alguno de sus superiores, quienes prefirieron escudarse en la tradición en lugar de apostar por la modernidad.

La tradición y la costumbre nunca pueden implorarse para encubrir negocios o transacciones comerciales en los que el beneficio económico se sustente en el desprecio de la condición humana. Eso piensa el inspector Soninké, quien recuerda bien a la niña de trece años que fue obligada a casarse con un hombre de cincuenta y siete.

Con el argumento de que no podía hacerse cargo de los gastos de las medicinas para tratar la epilepsia de su hija, la madre de la niña, amparándose en el *ukuthwala*, negoció con un *sangoma*, un curandero, la *lobola* que permitiría a este convertirse en el marido de la pequeña. En aquella ocasión, lo que se negoció no fueron vacas, sino rands. En concreto, cinco mil rands que, en aras de la tradición y las costumbres, encubrieron un matrimonio forzoso del que fue víctima una criatura de tan solo trece años.

Cuando por fin retira la vista de la ventana el inspector Soninké echa una ojeada al reloj de la pared. Se ha hecho tarde. Aunque parezca mentira ha permanecido más de una hora pegado al cristal y es hora de regresar a casa. Nadie le aguarda, pero el simple hecho de saber que su hija no tendrá que vivir las experiencias de estas dos jóvenes le produce una enorme satisfacción. Satisfacción que sería todavía mayor si su hija comprendiera el privilegio que ello supone en una sociedad como la sudafricana y se sintiera orgullosa por ello.

EL RINCÓN DE CRISTIANE



Llamando a un nuevo lugar mi hogar (V)

Capítulo 4

Mi nombre es Andrea Valentina y nací en Bogotá, Colombia, el 27 de Julio de 1984. Soy licenciada en contabilidad y finanzas, y vengo de una familia honrada y trabajadora, que siempre me inculcó valores y educación. Mi vida ha tomado un giro inesperado en los últimos 2 años, puntualmente desde que me enteré que mi esposo trabajaba con un grupo armado de las FARC.

El 2 de junio del 2022 tomé la difícil decisión de huir de Colombia, y venir a los Estados Unidos, cruzando la frontera y llegando al Estado de Florida, a la ciudad de Santa Rosa Beach el 9 de junio del mismo año, alejándome definitivamente de mi esposo, Mario Orlando Sánchez Villamil, y del grupo delictivo del cual hace parte, estas son personas crueles y violentas. A mi esposo, lo conocí años atrás siendo el hombre quien me enamoró con increíbles detalles y vendiéndome una vida perfecta a su lado, para ahora, ser mi peor pesadilla.

Los primeros años de nuestro matrimonio fueron maravillosos, nos amábamos, fuimos felices y gracias a ese amor nació nuestra hija Juanita Sánchez Pérez, quien actualmente tiene 11 años, pero jamás me imaginé que mi vida iba a dar un cambio tan profundo.

Hace 2 años descubrí que todo el dinero que usábamos, venía manchado de sangre, el me confesó cuando lo escuché hablando por teléfono con una persona, que estaba involucrado en el tráfico de drogas y tenía vínculos con las fuerzas armadas de las FARC, en ese momento me asusté mucho porque caí en cuenta que ese Mario a quien tenía

enfrente no era la persona quien me había enamorado si no un delincuente.

Luego de eso Intenté mantenerme alejada, pero él me arrastró a ese mundo peligroso... En ese momento, me di cuenta de que no podía permitir que mi hija creciera en un hogar lleno de violencia y peligro. Quería separarme de él y denunciarlos, así lo hice, pero lamentablemente no tenía pruebas además del nombre de mi esposo, para la policía no era suficiente y no pudieron hacer nada más por mi caso.

Ese hecho era eso solo era el inicio de mi historia, los siguientes días fueron un infierno, mi esposo llevaba días sin ir a la casa y sin contestar mis llamadas, unos hombres del grupo armado llegaron exigiendo ver a Mario, yo estaba en la cocina, dándole de comer a la niña, ellos entraron con mucha violencia, me vieron a la cara, se acercaron a mí arrojándome al suelo y golpeándome, preguntándome donde estaba Mario, con mucho miedo les dije que no sabía nada y llorando les pedí que por favor no me hicieran daño a mi hija y a mí, me apuntaron con un arma y me dijeron que yo había sido la persona que los había denunciado y que me matarían con un tiro en la cabeza, como pude les supliqué que no me mataran y uno de ellos sacó un cuchillo y

me cortó el brazo derecho dejándome gravemente herida y con una cicatriz profunda de por vida, la cual me acompaña cada día recordándome el infierno que viví en Colombia.

La disidencia de las FARC se ha consolidado en los últimos años en su actividad delictiva, el grupo llega a muchos integrantes, incluyendo a elementos desmovilizados que vuelven a las armas y nuevos reclutas donde estaba incluido mi esposo.

Ese día marcó un hito en mi historia, decidí que tenía que hacer algo más para salvar mi vida y la de mi hija, empaqué un poco de ropa como pude, sin saber nada de mi esposo y que había sido de él, tomé un taxi hasta la casa de

mi tía, quien siempre estuvo pendiente de mí y me quedé ahí siguientes días.

En esos días, seguía viviendo con miedo de que fueran a lastimarnos otra vez, siempre sentía que los hombres del grupo armado nos perseguían y nos vigilaban fuera de la casa de mis papás y a todas partes que iba. No podía escapar de mi miedo constante porque ellos creían que yo sabía información, por eso me habían atacado de esa manera tan cruel.

Una noche, hombres que trabajaban con el grupo armado me dejaron un mensaje en la puerta de la casa de mis papás, cubierto de sangre amenazándome nuevamente. Finalmente, tomé la decisión de huir de Colombia el 2 de junio del 2022 y cruzar la frontera hacia los Estados Unidos. Pero incluso aquí, en Florida, todavía tengo miedo. Sigo viviendo con nerviosismo y ansiedad, y tengo que tomar medicamentos para poder dormir. A veces tengo pesadillas en las que los hombres del grupo armado me persiguen y me hacen daño otra vez.

Pero a pesar de todo esto, estoy tratando de sobreponerme. Quiero empezar una nueva vida sin miedo y poder ver este país como mi hogar, donde pueda sentirme segura y a salvo para un mejor futuro con mi hija.

Las heridas que me ha dejado mi esposo y los hombres del grupo armado son profundas y dolorosas, estoy determinada a superar todo lo que he vivido. Quiero ser fuerte para mi hija y para mí misma, para poder encontrar la felicidad que merecemos.

Aunque aún tengo miedo, tengo la esperanza de que algún día pueda dejar todo esto atrás y vivir una vida libre de violencia y peligro.

Daniela Morán

Maracaibo



RAMAS SEPARADAS

MARÍA JUDITH PARRA GÓMEZ

Vanessa, no solo es preguntar,
sino entender

Crecí sabiendo que era distinta. No por el color de piel, ni por el acento. Sino por algo más invisible: un hueco que ningún idioma podía llenar. Mi madre adoptiva me enseñó a tocar piano a los cinco. Decía que la música era el idioma universal, y que a través de ella podía hablar incluso lo que no entendía de mí misma. Tenía razón en los teclados encontré un refugio. Una forma de decir sin decir.

A los dieciocho, me dieron la carta. Mi padre adoptivo la entregó con el mismo gesto con el que me había dado mis llaves del auto del año anterior: sin emoción, sin palabras. La carta era breve.

"Vanessa: No te dejé. Te solté para que pudieras volar más lejos que yo. Te dejo mi nombre y dirección. Mamá"

Vivo en Madrid ahora. Enseño música en una escuela pequeña. A veces los chicos me preguntan de dónde soy. Digo "de Panamá" y no sé si lo siento verdad o costumbre. Y entonces lo supe. Que yo tenía que ir. Tenía que buscar. Tenía que escuchar con mis propios oídos lo que esa mujer -la que me imaginaba cada vez que componía algo triste- tenía para decir. Busqué en internet. Nada. Entonces pensé: Hay

una dirección. Una calle que aún existe. Una ciudad que nunca pise. En las vacaciones de este año iré. Ya compré el pasaje. En dos semanas, estaré tocando tierra donde nací, pero nunca crecí. Y no se si voy a encontrar una madre. Pero quiero encontrar algo. Aunque sea el silencio donde antes no había nada.

El viaje fue largo. Más emocional que geográfico. Llegué en un auto alquilado. Con mi hijo dormido en el asiento trasero, y la carta de mi madre en la guantera, arrugada de tanto releerla. Debí estacionarme en una calle retirada. Tomé a Simón entre mis brazos y caminé: tres cuerdas a la derecha, una a la izquierda y alcance a contar cien escalones para llegar.

La casa era más pequeña de lo que imaginaba. Los ladrillos con pintura gastada, las ventanas con cortinas limpias. Había algo tierno en lo deteriorado. Como si el lugar mismo hubiera envejecido esperando. Sergio me abrió. Su cara no tenía expresión al principio. Pero cuando me vio encartada con la maleta y el bebé en mis brazos, algo en él se aflojó.

-Hola. Pensé que era hora de venir. Entramos. Dejé al bebé dormido sobre una manta en el sillón. Nos sentamos. Él me miró, serio.

-Tu vida fue distinta, ¿no?

-Sí -respondí-. Estuve en París hace tres semanas. Italia, el mes pasado. Me criaron entre mármol y silencio. Me

dieron todo... menos respuestas. Sergio bajó la mirada.

-Yo tuve todas las respuestas.
Y ninguna salida.

Tomé aire. No quería sonar condescendiente.
No estaba ahí para juzgar.

-No vine a compensarte nada, Sergio.
Vine a conocerlos y compartir, porque ahora que soy madre entiendo el valor de una segunda oportunidad.

Yo la tuve, tú no.
Y si puedo ayudarte a que empieces a escribir tu propia historia, quiero hacerlo.

Sergio me miró con los ojos húmedos.

Nunca había tenido alguien que le ofreciera algo sin condiciones o algo a cambio.

- ¿Por qué?

-Porque eres mi hermano.

Porque quiero darle a mi hijo algo que yo no tuve: la verdad, la transparencia, el amor sin condiciones.

Porque entendí que el brillo exterior puede ocultar la sombra más profunda, pero no puede borrarla.

Y que la búsqueda de uno mismo es, a veces, el camino más difícil y valiente que podemos recorrer.

Porque, después de todo, si mamá me dejó para que pudiera tener una vida mejor... entonces yo también puedo dejarte entrar en la mía.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando al bebé dormido.

No éramos iguales. Pero ahora nos teníamos.

Y eso, en esta historia, era lo más parecido al milagro.

A portrait of Hélder J. Ferreira, a middle-aged man with grey hair, a beard, and glasses, wearing a dark jacket and a grey scarf. He is looking directly at the camera against a clear blue sky.

MI SEGUNDO NOMBRE,
EN EL QUE RARAMENTE ME ESCONDO,
PERO EL CUERPO
HABITUALMENTE NO RESPONDE,
NI LOS OJOS PESTAÑEAN
ANTE LOS DUEÑOS DE LA VOZ
Y SU INSISTENCIA.

NO ENTIENDO ESA REBELIÓN
PORQUE EL PASAPORTE NO DICE
QUE SEA DE AQUELLA PATRICIA FAMILIA
O DEUDOR DE ALGUNA OFENSA FONÉTICA.
Y CONSERVO TODAS SUS LETRAS,
SIN ESTRIDENCIAS QUE ANUNCIEN
BALBUCEOS, DOS SÍLABAS,
COMO EL PRIMERO, AUNQUE UNA LETRA
MENOS.

UNO AL LADO DEL OTRO
NO HAY RUPTURA
Y COMPARTEN LOS SECRETOS
DE MI PADRE Y DE AQUEL AMIGO,
TAMBIÉN LA FIRMA DE DOCUMENTOS
Y POEMAS, COMO OTRAS COSAS
QUE TAMBIÉN SON MÍAS.
DETRÁS DE LOS DOS HAY
EL MISMO HOMBRE
RECAPACITANDO
EN SOLEDAD
SOBRE EL TREPIDAR DE LOS TRENES
Y LAS ÚLTIMAS ESTACIONES
QUE SE AVECINAN.

HÉLDER J. FERREIRA

Nada que hacer, nada que decir

No estoy obligado a hacerlo, se repite Juan mientras baja el picaporte y empuja la puerta. Evita prender la luz del recibidor. Mejor esperar a que los ojos se acostumbren a la oscuridad, piensa, porque en la oscuridad es donde vivirá de ahí en más. Entonces alcanza a distinguir el contorno del sofá de dos cuerpos, el borde de la mesa de madera, el respaldo de una de las sillas; unos pocos muebles que sólo sirven para enfatizar el vacío. Como quien sigue una hoja de ruta trazada con antelación, da un par de pasos lentos, incisivos, hacia el centro del living. Talón, suela, punta del zapato y el otro talón. Y es esa misma cautela, y no lo que está por hacer, lo que realmente lo convierte en asesino. Podría evitarse todo ese protocolo absurdo, se reprocha enseguida. Podría atravesar el living como una flecha, entrar en la pieza y finiquitar el asunto. Sabe muy bien que no corre riesgos, que no tendrá que explicarle a nadie qué hacía ahí a esa hora, que nadie va a preguntar por sus huellas digitales, seguramente repartidas desde hace tiempo por todos los rincones.

A fin de cuentas, es la casa de su padre; él va ahí cada noche cuando sale de dar clases en la facultad. Y esta es una noche más. Excepto porque mañana encontrarán muerto al viejo. Dormido, muerto, al principio va a ser difícil de distinguir. Y a primera hora de la mañana, mientras él esté tratando de hacer su rutina en el gimnasio, la cuidadora lo va a llamar para decirle. No debe ser la primera vez que esa mujer tiene que comunicar una noticia así, se le ocurre de pronto; quizá hasta agregue algunas palabras de consuelo, algo como: Tu padre habría querido morir de ese modo. Es cierto, piensa él, papá suele decirlo: lo mejor es que la muerte lo agarre a uno dormido. Y Juan siempre se lo discute, mejor tener conciencia de que uno va a morirse. Sabés cuál es tu problema, le dijo una vez su padre, que vos creés que si la muerte te agarra despierto la vas a poder torcer, vos creés que se le gana al destino. Eso le dijo el viejo, con esa fe perversa en el determinismo, esa misma fe por la que se permitió a lo largo de su vida todo tipo de abandono, total, las cartas estaban echadas desde un comienzo. Y él avanza, ahora sí, con resolución hasta la puerta de la pieza, pero se detiene justo delante. Es paradójico, piensa: la muerte de su padre no será la muerte que su padre hubiera querido, durmiendo, pero todos van a creer que sí.

Empezando por la cuidadora, cuando llegue por la mañana. Gracias por avisarme, va a responderle él por teléfono, voy para allá. Luego va a llamar al médico de cabecera, el histórico médico de la familia, el mismo que firmó el certificado de defunción de su abuelo, el padre de su padre, treinta años antes; porque su abuelo había muerto dormido, también alrededor de los sesenta y cinco años, también al poco tiempo de un ACV. Pero mejor volver al presente, hay que estar en el presente. Hace dos meses, el doctor le dijo que la muerte de su padre podía ocurrir en cualquier momento, pero también dentro

de un par de años. El ACV le había paralizado el hemisferio izquierdo del cuerpo. La cara, dentro de todo, estaba bien. Podía mover los ojos y la boca; esa boca por la que habían entrado, en forma de cigarrillos, todas sus enfermedades. Sin embargo, las secuelas podían avanzar. Las secuelas son impredecibles, había dicho el doctor. Así que el doctor va a firmar sin muchas vueltas el certificado de defunción, porque todo está dentro del orden de lo esperable. Juan palpa una vez más el bolsillo del pantalón en el que tiene guardada la pastilla. Recorre el bordecito circular con la yema del dedo. Un círculo, otro círculo, el movimiento puede ser tan inútil como infinito. Ni siquiera sabe de qué está hecha la pastilla, sólo repitió el nombre genérico en la farmacia. Sabe, sí, que produce un dolor ínfimo y que no deja rastros en el cuerpo. [REDACTED]

En el cuerpo de su padre, al menos. ¿Pero en el suyo? Porque mañana a la mañana va a venir la policía, le van a hacer preguntas y él no debe quebrarse. Sabe lo que tiene que declarar: que esa noche –o sea, ahora mismo– estuvo en el departamento hasta las 20:30 y que cuando se fue, su padre estaba vivo. Todos saben lo que él ama a su padre, nadie va a poner un manto de duda sobre su testimonio. Esto lo hace por el encargo, sólo por el encargo, si ni siquiera hay dinero que heredar; la única herencia que deja su padre es la propensión a enfermedades cardíaco-respiratorias. Propensión, sí, esa es la palabra, aunque su padre hable de las enfermedades como una sentencia genética. No se hace cargo de que fumar cuatro atados por día no ayudó en nada. Soy sólo un instrumento, se repite Juan sin convicción mientras entorna la puerta, yo sólo obedezco. Querría cerrarla enseguida, quedarse afuera, echarse en el sofá a darle una última vuelta al asunto. Porque él no es un instrumento, él es libre. Él puede elegir. [REDACTED]

La pieza huele a humedad, a encierro, a madera podrida. Se siente pequeño, insignificante ahí adentro. Llegaste, oye la voz de su papá, que todavía está vivo. Estar condenado a muerte es una manera de estar vivo. La luz blanca del velador alumbra el cuerpo que yace sobre la cama, cubierto hasta el cuello por la sábana. Su padre parece observarlo con hartazgo, con ilusión. Se apunta con el índice a la sien, como recordándole: Vos sos un instrumento. Juan se acerca hasta el borde de la cama y le pregunta si quiere fumarse un último pucho, que él se banca el humo. Se lo pregunta en serio, aunque ni él sabe por qué se lo está diciendo. Quizás lo único que quiere es deslindarse de responsabilidades, endilgarle a su padre todo el daño que le hizo a su propia salud, el suicidio en cuotas. [REDACTED]

Pero el viejo no contesta, ni siquiera se encoge de hombros. Juan se palpa otra vez el bolsillo del pantalón, es como si jugara a esconder la pastilla. ¿Y si le dice que no la trajo, que la perdió? Su padre no va a creerle. Saca por fin la pastilla, la encierra en el puño. Tal vez la transpiración la diluya, quizás anule el efecto. Luego abre la palma como si concluyera un truco de magia. Que me la saque, se repite por dentro, que la agarre él, yo no se la voy a meter en la boca. Dale, oye la voz del viejo y es como si le rebotara en alguna parte de la cabeza, la misma parte en la que le rebotan ahora los recuerdos de la infancia: su padre yendo y viniendo del médico que mañana firmará el certificado de defunción, yendo y viniendo por el abuelo que en aquel entonces pasaba sus últimos días postrado. Y una noche,

volviendo en auto a casa, su padre apartó el cigarrillo de los labios, sólo una vez, para decirle en medio de una bocanada de humo que el abuelo se iba a morir. Podía suceder en unos meses, en unas semanas, en unos días. Podía suceder, como sucedió, apenas dos días después de aquella charla. Quizás, comprende de pronto, esta haya sido la historia de todo su linaje.

Aunque él no va a tener hijos, jamás tendrá hijos, menos después de esto. Cuando se mira otra vez la palma de la mano, la pastilla ya no está. El viejo no espera a que se diluya, mastica con los labios bien apretados y Juan siente como si se estuviera masticando los dientes. Finalmente, traga.

¿Cuánto tarda?

No sé, pa, sabés que no sé.

Cianuro de potasio, nunca falla.

Supongo.

Yo ya viví demasiado.

Su padre dice eso y sonrío. Juan se pregunta si sabrá cuántas toneladas pesan esas palabras. Se toca la cara con el reverso de la mano que hasta recién sostenía la pastilla, no va a poder ocultarle las lágrimas.

Ramiro Juri

La ceremonia del verbo

Y yo me casé con la poesía,
mi vestido de novia lo hice
con pocas ropas recicladas,
hilvanando sueños viejos
con hilos de esperanza nueva.
El día del matrimonio
parecía nacional:
blanca y perfumada mariposa
que compra ilusiones
en mercados de palabras,
donde cada verso es moneda
y cada suspiro, promesa.
Caminé hacia el altar

hecho de libros abiertos,
y mis pasos dejaron huellas
de tinta fresca en la tierra.
En las esquinas repletas
de papeles arrojados al viento,
cifrando en el verbo la fineza,
fui testigo y cómplice,
abogado de todos los males conocidos.
Conjuré las luces de la desesperación
y, de un soplo, arranqué el verbo
para descansar sin turbación
bajo el ánfora de abiertas ausencias.

**Yuleisy Cruz
Lezcano**

Italia

EL ENJAMBRE DIGITAL

Andrés F. Tijaro

Robyn aún recordaba el día en que el mundo entero se había ido al diablo con el clic de un teclado.

Era la víspera del año 2117 y el conteo atrás para las 00:00 horas marcaba los segundos para la descarga global de la última de actualización de la ICC, Interfaz Cerebro Computador. Su versión 6.66 prometía ser un salto estratosférico inimaginable para el traspaso instantáneo de datos a través de la comunicación directa entre el cerebro y el ordenador; permitiendo a cualquier persona aprender tres idiomas en una mañana, y poder descargar en su sinapsis la memoria muscular necesaria para tocar el piano antes de terminado el día, igualando el talento de Mozart sin haber tomado una sola lección real en su vida. Tras el desastre que sobrevino con ese primero de enero, la población que seguía cuerda maldijo el día, hacía casi ya un siglo, cuando el primer nexo inalámbrico, a través de simples impulsos electroquímicos, había visto la luz. El paso del simple envío de comandos mentales básicos a los entornos informáticos y electrodomésticos del hogar, a la compleja conexión de electrodos capaces de verter vastos paquetes de

metadatos en la red neuronal de cualquier individuo, había supuesto un milagro tecnológico inconcebible hasta la fecha.

Tardó su tiempo, pero como todo milagro engendrado por la humanidad, este se transformó en pesadilla. Un microsegundo después de la medianoche, dos tercios de las personas conectadas a la terminal de sus ICC sufrieron la desintegración masiva de su lóbulo frontal, manteniendo por cuestión de pura suerte aquellos centros nerviosos necesarios para mantener sus funciones básicas... y su apetito. Fue así que, eximido del neurovirus dada su corta edad de 15 años, Robyn experimentó de primera mano cómo, de la noche a la mañana, la innovadora ciudad de Nueva York pasaba a ser una zona de guerra sin precedentes, un verdadero Pandemónium. Sus padres, sonriéndole cariñosamente un instante antes, habían sufrido un ataque de convulsiones que dio paso a aquellos cuerpos sin mente, abalanzándose sobre su hijo para saciar un hambre inhumana.

Escapar con tan solo unos cuantos rasguños de esa casa de bestias salvajes fue el menor de sus problemas, pues refugiarse en las calles de una ciudad repleta de ellas no supuso alivio alguno. Mientras los rascacielos y las estaciones del subterráneo eran como hormigueros que escupían estos cadáveres vivientes sin cesar, solo aquellos que lograban escabullirse en arbolada de Central Park parecían encontrar un respiro de su constante acometida.

Hacía más de cinco años desde aquel infierno, y de alguna manera Robyn había logrado sobrevivir por su cuenta hasta ahora. La ciudad no había durado

mucho antes de ser consumida por la total decadencia, por lo que este había resuelto saquear una tienda de montañismo, abastecerse de equipo de acampada y abandonar Nueva York. De los pequeños supermercados, en su camino a las afueras de la metrópoli, se hizo de tantos enlatados como pudo meter en su mochila y, para cuando las bombas cayeran del cielo, ya se encontraba demasiado lejos como para poder ver siquiera su destructivo resplandor.

Los siguientes ocho meses de excusión por carreteras alternativas y olvidadas de lo que hasta entonces había sido Estados Unidos, fueron una montaña rusa de emociones. El enjambre, como se les conoció a aquellos entes descerebrados que, pasado ese lapso inicial de euforia asesina, merodeaban siempre en grupos de aquí para allá, como una mente colectiva, no tardó en volverse una preocupación secundaria. Sus fases de salvajismo se volvieron tan predecibles que, con un poco de ingenio y una pizca de suerte, evadir a media docena era un juego de niños.

No, el peligro real surgió con el colapso de la sociedad civilizada. Las riñas armadas, luego de que el alimento comenzó a escasear, dieron paso a bandas territoriales en los pequeños poblados que no habían visto lo peor de las medidas a gran escala. Robyn había leído suficientes comics apocalípticos como para mantenerse al margen de todo y en constante movimiento.

La soledad había sido su mayor aliada durante todos esos años. Buscaba refugio durante el día, cuando el enjambre era más activo por alguna razón, y viajaba bajo el abrigo de la

noche, evadiendo así a los exploradores de las facciones en disputa. Pero tras tantos largos años de errar por un mundo en caos, despertó en la oscuridad de su millonésima guarida improvisada, pensando que debería haber algo más allá afuera que solo esconderse, hasta que su suerte se agotará.

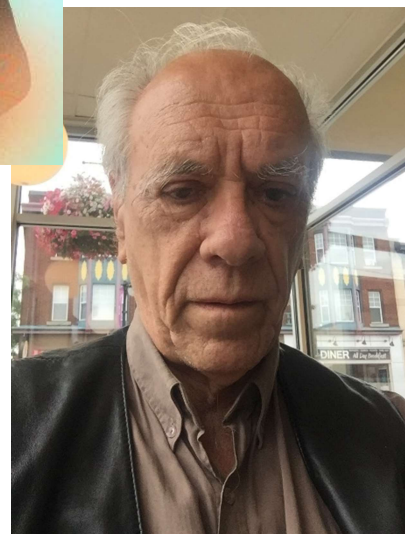
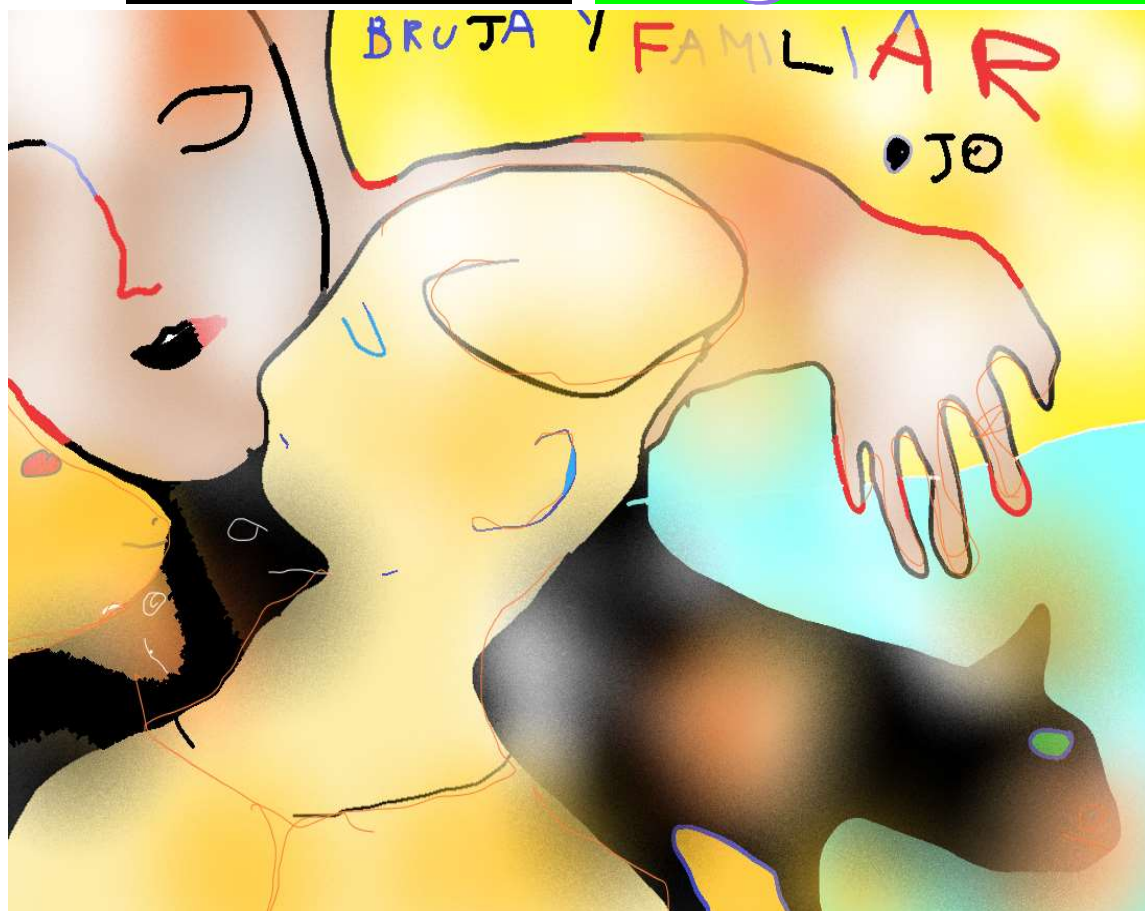
Esa misma noche se escabulló en el almacén de una de las zonas en conflicto y robó una radio de onda larga. Regresó jadeante a su escondite y la encendió con algo que nunca creyó que anhelaría sentir después de ese último primero de enero... esperanza.

Manipuló los diales y confió en toparse pronto con alguna voz al otro lado que le indicará su próximo destino.

Uno que no supusiera solo otro lúgubre escondrijo.



La Galería Jorge Etcheverry



Paciencia monstruosa

Fabrizio Mazza

Otro día llega a su fin. La oscuridad pronto volverá a envolver la pequeña casa blanca, situada en la cima de la roca, y a su único habitante. En esta pequeña isla, perdida en medio del mar, lejos del continente y fuera de cualquier ruta de navegación, vive un solo ser... humano solo a medias.

A esta hora del día, suele observar la puesta de sol desde la única ventana del edificio redondo, cerca de la casa, mientras piensa en su antigua vida. A veces desearía bajar y caminar un poco sobre las rocas cuando baja la marea, pero no puede hacerlo: el reflejo de su cuerpo en el agua es demasiado deprimente para él.

Le gustaría llegar hasta una roca, sentarse y sumergir sus pies en el mar. Pero solo puede agacharse, teniendo cuidado de no mojar esas piernas que solo tiene mientras hay luz. Esas extremidades que se asemejan a las patas de un animal extraño.

Todos los días contempla los últimos minutos de luz, esperando la llegada de la noche que lo transforma, una vez más, en su mitad buena, haciendo desaparecer por unas horas esa otra parte de su ser, la más bestial, la que odia, con la que se ve obligado a convivir debido a una maldición.

Ocurrió hace unos años.

Era un día como cualquier otro. En aquellos días, él no apreciaba su vida tanto como debería, porque no tenía tiempo de mirar a su alrededor y ver la suerte que tenía. Era un hombre de carrera, siempre de prisa, muy ocupado tratando de ganar dinero. Pero ese día alguien estaba frenando su paso. Estaba ya casi en la intersección, donde giraría a la izquierda. Su vida habría seguido como de costumbre. Pero el coche que tenía delante no se movía.

Al volante había alguien torpe: el motor se detenía, se reiniciaba con dificultad y, a los pocos metros, la historia se repetía. Un joven rampante como él no podía aceptar ser frenado por un idiota incapaz de conducir un automóvil.

Como no había espacio para adelantar, no pudo evitar tocar el claxon repetidamente. Cuando el adelantamiento fue finalmente posible, en lugar de ir por su propio camino, se acercó al otro coche, bajó la ventanilla y despotricó contra la pobre víctima.

Había una señora anciana en el otro coche. Podía parecer una viejecita simpática, una de esas buenas abuelas que miman a los nietos. En cambio, era una bruja. Le respondió con unas palabras en un idioma que él no entendió, e hizo un gesto extraño con la mano. En ese momento él se marchó. Ya había perdido demasiado tiempo esa mañana por culpa de esta vieja estúpida. Estaba llegando tarde a una reunión importante, con gente importante, para realizar un proyecto importante, que habría puesto aún más de

relieve sus capacidades, hasta el punto de darle un gran impulso a su carrera, consiguiéndole otro ascenso... importante.

La señora estaba muy enojada y triste ese día. Durante tres días y tres noches había permanecido junto a la cama de su hijo, que estaba en coma tras un accidente automovilístico. Volvía del hospital cansada. Pero, sobre todo, se sentía desconsolada y furiosa por tener que aceptar que, a pesar de todas sus habilidades mágicas, no podía hacer nada por él.

Caminaba con su familia cuando, de repente, un auto a alta velocidad subió a la acera y lo atropelló bruscamente. Afortunadamente, su esposa y sus dos hijos se habían alejado unos pasos, atraídos por unos juguetes en un escaparate. Él había aprovechado ese momento para leer sus mensajes. Su mirada

estaba fija en la pantalla del celular. Por eso no vio venir el auto. Ni su familia ni los demás peatones se percataron del inminente accidente ahogados por el ruido del tráfico de la ciudad. Solo el impacto atrajo la atención de todos los presentes, pero no lo suficientemente rápido para detener al conductor irresponsable, quien sin embargo logró desaparecer en un santiamén. La policía todavía lo estaba buscando, pero probablemente nunca lo encontrará, porque ya debe de estar en manos de los demonios que la venganza de una madre poderosa pudo haber desatado.

El joven ambicioso no podía imaginar nada de eso. Así, durante unas horas, continuó con su día según lo planeado en su agenda, sin saber que era la última vez que pisaba su mundo: ese donde todos corren hacia el éxito a toda costa.

Después, mientras almorzaba en un restaurante con unos clientes, su cuerpo comenzó a transformarse. En ese instante, todo su éxito se desmoronó. Tardó algunos días en darse cuenta de esto: se estaba convirtiendo en un monstruo, un fenómeno de circo.

Todo su dinero no fue suficiente para encontrar una cura. Aun así, lo gastó con la esperanza de volver a una vida normal. Al final, cuando se quedó sin un centavo, fue obligado a aceptar un

trabajo mucho más humilde de lo que jamás habría imaginado: el de guardián de un faro perdido. Vino a vivir sus días en soledad, lejos de las miradas patéticas o lastimeras de la gente, con la esperanza de que el hechizo, algún día, dejara de transformarlo.

La paciencia es una virtud importante. ¡Si tan solo él lo hubiera aprendido antes!



LA ÚLTIMA BAILARINA DE LOS ZAPATOS ROJOS

José Pardal

El edificio de la Callejuela del Tiempo Perdido número 13 se alzaba como un anciano encorvado bajo el peso de sus secretos. Su fachada de ladrillos descoloridos mostraba grietas que parecían cicatrices de batallas olvidadas. En el último piso, donde las escaleras de madera terminaban en un suspiro cansado, vivían Clara y su abuela Dolores entre paredes que guardaban más historias que todos los libros de la biblioteca municipal juntos. La puerta de entrada, pintada de un azul tan desvaído que casi parecía gris, tenía una peculiaridad que todos los vecinos comentaban: nunca chirriaba al abrirse, como si contuviera la respiración cada vez que alguien cruzaba su umbral.

Clara, a sus doce años, tenía una mirada que desconcertaba a los adultos. No era solo la profundidad de sus ojos color tormenta, sino la forma en que parecían ver más allá de las apariencias. Había comenzado su colección de zapatos en aquel invierno especialmente crudo cuando su madre desapareció sin dejar rastro. Bueno, casi sin rastro. Porque lo único que quedó de ella fueron sus zapatillas de ballet - las mismas que usaba para bailar mientras cocinaba, girando entre fogones con una gracia que hacía parecer fácil lo imposible - colocadas con una precisión milimétrica frente a la puerta de entrada. La abuela Dolores juraría más tarde, con la voz quebrada por el miedo, que las suelas aún estaban calientes cuando las encontró, como si su hija acabara de quitárselas.

El armario de Clara era una cámara de tesoros dolorosos. Contenía exactamente 365 pares de zapatos, uno por cada día transcurrido desde la desaparición. La colección incluía desde zapatos escolares con las puntas gastadas por juegos infantiles, hasta botas de agua que conservaban restos de barro de lugares desconocidos, pasando por sandalias de playa que atesoraban granos de arena entre sus costuras. Algunos llegaban por correo en paquetes sin remitente, otros aparecían misteriosamente en el asiento trasero del autobús cuando Clara volvía del colegio. Los más inquietantes simplemente se materializaban en casa, como si el propio edificio los exhalara en suspiros de madera vieja.

La abuela Dolores, una mujer de huesos frágiles pero voluntad de acero, había desarrollado un elaborado ritual para cada nuevo par que llegaba. Con su lupa de joyero - heredada de su difunto marido relojero - examinaba cada centímetro de cuero o tela. Los olfateaba con la concentración de un perro sabueso, sus fosas nasales palpitando al detectar aromas invisibles para otros. Finalmente, los limpiaba con un trapo de algodón empapado en alcohol de romero, frotando las suelas con movimientos circulares que parecían seguir algún patrón arcano. "Cada zapato es un libro con las páginas pegadas", le decía a Clara mientras trabajaba. "Puedes intuir la historia por el desgaste del lomo, pero abrirlo... eso ya es otra cuestión".

El martes de carnaval, cuando Clara volvió del colegio con el rostro aún pintado de purpurina, encontró un paquete rectangular apoyado contra la puerta. No llevaba dirección ni sello postal, solo su nombre escrito con una caligrafía pulcra que no reconoció. Dentro, envueltos en varias capas de papel de seda amarillento como piel vieja, descubrió un par de zapatos rojos de tacón alto que parecían haber vivido varias vidas. El cuero, de un rojo tan oscuro que casi parecía negro a cierta luz, mostraba arrugas y pliegues que contaban historias de noches de baile

interminables. Pero lo que realmente heló la sangre de Clara fue la sensación al tocarlos: estaban tibios, como si alguien acabara de quitárselos momentos antes.

"¡Estos no, Clara María!" La voz de la abuela Dolores retumbó con una autoridad que no mostraba desde hacía años. Sus manos temblaban levemente al sostener los zapatos, como si pesaran mucho más de lo que indicaba su tamaño. "Estos zapatos... tienen dueña todavía. Y no eres tú". Los guardó en el baúl de hierro del desván, bajo tres candados diferentes cuyas llaves escondió en lugares separados de la casa. Pero esa misma noche, mientras la luna llena se filtraba por las rendijas de las persianas, Clara soñó que los zapatos caminaban por el pasillo principal, dejando pequeñas marcas de ceniza en las tablas del suelo. Al despertar sobresaltada, los encontró colocados con precisión militar al pie de su cama, como si llevaran toda la noche esperándola.

El espejo del vestidor, un rectángulo ovalado con marco de madera carcomida por los años, reflejó algo imposible cuando Clara se acercó con los zapatos rojos en las manos. Donde debería estar su imagen, apareció una puerta que no existía en la realidad de la habitación. No era una puerta cualquiera, sino una de esas puertas que solo aparecen en los cuentos que dan miedo: alta como el techo, de roble macizo con vetas que parecían formar rostros angustiados, con bisagras oxidadas que gemían sin sonido y un pomo en forma de llave antigua. Sobre el dintel, tallado con lo que parecían uñas humanas, había una inscripción que Clara solo pudo leer cuando se inclinó peligrosamente hacia el cristal: "Bailar es recordar con los pies".

El primer contacto con el cuero fue como sumergir las manos en agua caliente después de pasar horas en la nieve. Un calor que no quemaba pero que se propagaba por sus venas hasta hacerle latir las sienes al ritmo de un tambor lejano. Cuando los zapatos se cerraron alrededor de sus pies con un chasquido suave pero definitivo, Clara sintió que el suelo cedía bajo sus pies de la forma más extraña posible: no era vértigo, ni mareo, sino la inquietante sensación de que el mundo entero se apartaba para dejar paso a algo mucho más antiguo y olvidado.

El salón de baile se materializó a su alrededor como una fotografía revelándose en líquido de desarrollo. Techos abovedados tan altos que desaparecían en una penumbra que parecía respirar, candelabros de cristal que flotaban sin cadenas visibles sosteniendo velas que nunca se consumían, paredes completamente cubiertas de espejos empañados como por el aliento de multitudes. Y el suelo... Clara miró hacia abajo y apenas pudo contener un grito. Bajo sus pies, separado solo por una fina capa de cristal transparente como el aire más puro, se extendía un vacío estrellado donde decenas - no, cientos - de mujeres y niñas de todas las edades flotaban en distintas posturas de baile, suspendidas como insectos atrapados en ámbar.

El Maestro de Ceremonias emergió de las sombras sin hacer el menor ruido. Alto, tan alto que debía inclinarse para no chocar con los candelabros flotantes, delgado hasta lo esquelético, vestido con un traje negro que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Pero cuando se inclinó en una reverencia tan perfecta que parecía

calculada por un relojero, Clara vio que no era humano. O no completamente. Su piel tenía el brillo aceitoso del cuero muy viejo, y sus articulaciones producían un crujido metódico con cada movimiento, exactamente como las bisagras oxidadas de una puerta antigua.

"Clara", dijo, y su voz sonó como el crujido de páginas amarillentas al pasarlas después de siglos cerradas. "Te hemos estado esperando".

El primer vals fue una lección magistral sobre el arte del olvido. El Maestro - Clara supo instintivamente que ese era su título, como si el conocimiento hubiera estado siempre en ella - la guió con manos enguantadas en piel de cabritilla mientras una música sin origen aparente llenaba el salón. Con cada giro, cada paso, cada balanceo, un recuerdopreciado de su madre se desprendía de su mente como hojas en otoño.

Primero fue el olor a mandarina de su colonia barata, esa que compraba en el mercadillo los domingos. Luego el sonido de su risa cascabelera cuando Clara hacía uno de sus chistes malos. Después la sensación de sus dedos ágiles trenzando su pelo en coletas cada mañana antes del colegio.

A cambio de estos sacrificios, el Maestro le contó secretos familiares que ningún libro de historia registraría jamás. Que los zapatos rojos habían pertenecido originalmente a su bisabuela Alba, primera bailarina del Teatro Real que desapareció misteriosamente la noche del estreno de "El lago de los cisnes" en 1912, dejando solo un zapato roto en el escenario. Que su propia madre, al descubrirlos escondidos en el baúl del desván familiar, había intentado quemarlos en un acceso de pánico, solo para ver cómo las llamas se apartaban de ellos como si tuvieran miedo. Que el salón existía en los espacios entre los pasos de baile, en ese instante fugaz donde el cuerpo parece desafiar la gravedad antes de volver a caer. Los bailes siguientes siguieron el mismo patrón devastador. Cada vals, cada tango, cada movimiento medido le arrebatava otro fragmento irrecuperable de su pasado.

La memoria del primer día de colegio, cuando su madre le apretó la mano tres veces en código secreto para decir "te quiero" sin palabras. Las interminables tardes de invierno haciendo galletas con forma de estrella, quemando siempre la primera hornada. La canción desafinada que tarareaba mientras planchaba, tan terrible que hacía reír a lágrima viva a ambas.

Cuando solo le quedaba un único recuerdo intacto - la sensación del último abrazo que su abuela le dio antes de que comenzara esta pesadilla - Clara tuvo la revelación que cambiaría todo. Los espejos que cubrían las paredes no reflejaban.

Atrapaban. Cada mujer danzante que veía en ellos era una generación de su familia, perdida en el mismo juego diabólico de recuerdos y secretos. Y todas, absolutamente todas, calzaban un zapato rojo idéntico al suyo.

En el clímax del cuarto vals, cuando el Maestro la hizo girar frente al espejo central con una elegancia sobrenatural, Clara reunió cada gramo de su fuerza y valor para hacer lo impensable. Con un movimiento brusco que hizo crujir su tobillo, se arrancó el zapato derecho y lo estrelló contra el cristal con toda su fuerza. El sonido que siguió fue como mil campanas de cristal rompiéndose al unísono. Los fragmentos de espejo cayeron en cámara lenta, brillando como estrellas fugaces, y con ellos se desprendieron todas las bailarinas atrapadas, cuyos cuerpos parecieron disolverse en niebla al ser liberados.

El Maestro gritó, pero su voz se deshizo como azúcar en agua hirviendo. "¡Eres la última! ¡La última de la línea de las bailarinas rojas!", alcanzó a decir antes de que su forma se desvaneciera, dejando solo un olor a polvo y naftalina.

Clara recogió los restos del zapato rojo con manos temblorosas. No estaba roto, comprendió con asombro, sino dividido en dos mitades perfectas que encajaban

como piezas de puzzle. En el interior de la lengüeta, donde antes solo había cuero sin marcas, ahora podía leer una inscripción grabada con letra minúscula:

"Recordar es elegir".



Hoy, si visitas el Mercado de las Pulsas un domingo al amanecer, cuando las brumas matinales aún se aferran a los puestos, quizá encuentres un mostrador abandonado que no aparece en ningún plano. Sobre una mesa de madera gastada por incontables manos a lo largo de los siglos hay una urna de cristal biselado con refuerzos de plata oxidada. Dentro, sobre un cojín de terciopelo negro, descansa un único zapato rojo de tacón alto. A sus pies, una placa de latón reza con letras sencillas: "No todos los caminos se hacen con pasos. Algunos se hacen quedándose quieto".

Y si esperas lo suficiente, si aguantas la respiración y no apartas la vista, tal vez veas cómo el zapato solitario parece latir levemente, como un corazón que espera ser completo de nuevo.

100 natural

Jesús Quintanilla Osorio

Desde que hubo el gran cataclismo y todos vivían en ciudades burbuja, con domos de vidrio, la comida era totalmente artificial. Claro, Ricky vivía en un paraíso natural en una cueva milagrosamente preservada con un clima hermoso, y allí cultivaba de forma natural sin químicos, y cuando podía introducirse a ciudad esperanza y vender sus productos, lo único que podía denunciarlo era su letrero de !!100 natural!! Pero como nadie sospechaba el origen, pudo hacerlo mucho tiempo. Hasta la noche cuando alguien lo descubrió entrando subrepticamente por una de las hendiduras de la ciudad y le fue imposible regresar a ciudad esperanza.

Solo quedó su letrero junto a su abandonado puesto anunciando lo natural.

Página 30 Visto en redes

“Desde la infancia nos educan
para solicitar autorización:
primero para hablar,
luego para desear,
más tarde para amar,
y finalmente para pensar.
La sociedad es cortés en esto:
no nos encadena, nos convence.
Nos ofrece aplausos como
sustituto de la verdad,
y aprobación como
sucedáneo del carácter.
Así, uno puede pasar
la vida entera
pidiendo permiso para existir,
y morir agradecido
por no haber molestado demasiado.”



1.076



39



92



338



202



poesia_favorita

Oscar Wilde

lift Joep Beving •

Seguir



En el sur de lo viral

Alejandro Peña S.

A través de los conductos aéreos hace ingreso al organismo. En menos de 30 segundos el germen invade el flujo sanguíneo, las plaquetas comienzan a caer de manera masiva y los glóbulos blancos y rojos se desintegran. El individuo se transforma en un ser absolutamente vulnerable ya que su sistema inmunológico desaparece. En esa condición en cuestión de horas el paciente puede morir. Pero el sistema general es tan potente, que el cerebro comienza a secretar una sustancia capaz de estimular de manera casi instantánea la médula espinal. El paciente vuelve a fortalecer su inmunidad, pero a costa de alterar su condición cerebral al nivel de un exclusivo funcionamiento de los principios básicos de la supervivencia. En otras palabras, se transforma en una bestia. Algo a favor, es que estos sujetos no pueden nutrirse; comerán, tendrán necesidades fisiológicas, pero no habrá regeneración, afortunadamente será hasta lo que dure el organismo en su proceso de autofagia.

Los centros hospitalarios no daban abasto, personas de todas partes se acercaban en búsqueda de una cura o una solución. El pánico se había apoderado de los medios de comunicación, produciendo una histeria colectiva que poco a poco comenzaba a apoderarse de las calles. En la noche se registraron saqueos e inconvenientes usuales, pero ningún caso del germen viral. El gobierno en alerta constante mantenía conectados en cadena nacional, todos los centros informativos intentando mostrar que la situación estaba

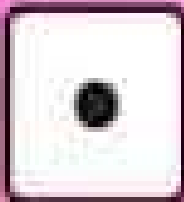
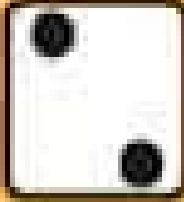
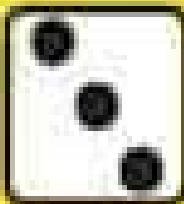
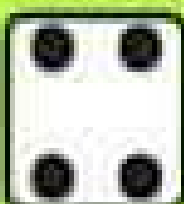
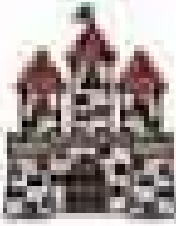
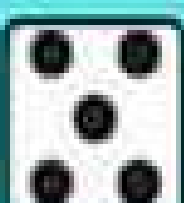
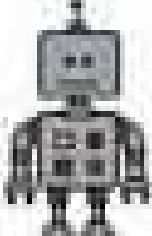
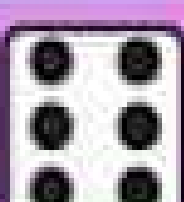
en orden y bajo control. Toque de queda, militares en las calles, estado de excepción, el país era un lugar vigilado, pero nadie sabía del germen.

Al tercer día a través de plataforma de RRSS se comenzaron a viralizar videos impactantes sobre gente con actitudes fuera de lo normal “mujer devora a su hijo en plaza pública de Ovalle” “Hombre defeca en las calles de Curicó” “Cacería de perros en San Felipe” etc. Nadie salía a las calles, el miedo se apoderó de la ciudadanía. Las instituciones comenzaron a fallar, porque la gente dejó de asistir a sus trabajos, nadie estaba libre del contagio. Ya no existía civilización. Exactamente sesenta y un días después del primer contagio, en medio del caos total, se dejó de emitir señal de internet y el sistema de electricidad cayó por completo. Quiénes aún se mantuvieron saludables o con aspecto como tal, se acapararon en los edificios gubernamentales.

Meses después, desde el cielo enrojecido del sur de sudamérica, un gran destello de luz impactó y el silencio se apoderó del continente.



Tira un Cuento

	Personaje	Problema	Escenario
	una sirena 	se convierte en un pez 	bajo el mar 
	un dragón 	come muchos insectos 	en la cocina 
	una princesa 	encuentra un diente 	en una cueva 
	un duende 	ve un esqueleto 	en un castillo 
	un robot 	se pierde 	en una casa 
	una hada 	atrapa a un ladrón 	en una joyería 